

PLIEGO

Vida Nueva
3.190.
5-11 DE SEPTIEMBRE
DE 2020

Una lectura creyente desde Cáritas a la crisis del COVID-19

VICENTE MARTÍN MUÑOZ
Delegado Episcopal de Cáritas Española



Cuanto más nos afecta lo que ocurre, más nos urge comprender los hechos, sus implicaciones y consecuencias. Es necesario hacer una lectura creyente, a la luz del Evangelio y del pensamiento social de la Iglesia, de esta crisis; una lectura que dé lugar a acciones pastorales, vinculadas a este acontecimiento y sus consecuencias. El objetivo es doble: por un lado, abrir espacios de reflexión y diálogo en Cáritas y en las comunidades cristianas sobre las cuestiones que suscita esta inesperada “tempestad” y, por otro, proponer caminos pastorales de acción caritativa y social.



INTRODUCCIÓN

Sin esperarlo, un pequeño virus ha removido todo nuestro mundo. Una pandemia que afecta al mundo globalizado y estremece hasta sus pilares, haciendo que vayan cayendo, una a una, las seguridades, prepotencias y preocupaciones superficiales, alterando por completo la vida en todos sus niveles y dejando tras de sí miedo e incertidumbre, pobreza y exclusión, sufrimiento y muerte. Aunque también ha removido corazones, generando un manantial de generosidad, solidaridad y fraternidad, que nos une, como sociedad, frente al sufrimiento compartido y la muerte de muchos vulnerables.

I. LOS POBRES Y VULNERABLES, LOS MÁS GOLPEADOS POR LA CRISIS (COMO SIEMPRE)¹

Tiende tu mano al pobre para que tu bendición sea completa (Eclo 7, 32).

En un sistema injusto y desigual, carente de sentido de fraternidad, en el que se crean situaciones de fragilidad por la precariedad y la desigualdad social, lo peor que podría ocurrir era una nueva crisis. El VIII Informe FOESSA, en contexto de crecimiento económico, señalaba que alrededor de 8,5 millones de personas estaban en situación de exclusión social en nuestro país, de los cuales 6,7 millones llevaban más de diez años a la intemperie pidiendo ayuda, la “sociedad estancada”, y 1,2 millones vivían en la supervivencia pura y dura, “la sociedad expulsada”. Además, otros seis millones temían que la próxima sacudida se los podría llevar por delante, la “sociedad insegura”².

Y esta situación se agudiza con una crisis en forma de pandemia

de graves consecuencias sociales y económicas, especialmente entre los más vulnerables. Su impacto ha sido demoledor y también, una vez más, entre las personas en situación de desventaja social: mayores, enfermos, personas sin hogar, migrantes, refugiados, familias vulnerables, dependientes, reclusos, empleadas del hogar... El coronavirus es una enfermedad contagiosa que se asocia con la pobreza.

El aumento de personas solicitantes de ayudas para “comer” es un signo evidente de la gran desigualdad instalada en nuestra sociedad. La paralización de la economía ha provocado una rápida subida del desempleo: 2,5 puntos entre febrero y abril, que en la población acompañada por Cáritas ha sido de 20 puntos. Un incremento ocho veces superior entre la población más vulnerable que en la población en general, situando la tasa de paro en el 73%.

La desprotección de las familias más vulnerables está agravándose. Y aunque el Estado está invirtiendo importantes recursos de apoyo (los ERTE o el ingreso mínimo vital), no llegan a cubrir la protección de las familias con mayor fragilidad, que o bien no trabajan, o lo hacen en la economía informal. Tres de cada diez hogares no disponen de ningún ingreso; aproximadamente 450.000 personas que residen en hogares acompañados por Cáritas no ingresan en estos momentos ni un solo euro.

En cuanto a la vivienda, nos sitúa más cerca de una emergencia habitacional. Más de 700.000 personas acompañadas por Cáritas, residen en hogares que no disponen de recursos para hacer frente a los gastos de la vivienda, y una de cada cuatro familias (24%) puede verse obligada a abandonarla, ya sea por desahucio o para buscar una vivienda con costes aún más reducidos.

También aumenta la brecha educativa en niños y jóvenes que viven en hogares en situación de exclusión social. Más de 200.000 personas que residen en el 14% de los hogares acompañados por Cáritas no cuentan con conexión a Internet.

Entre los más golpeados por la crisis, hemos de contar también a los países más empobrecidos. En contextos donde ya existían crisis humanitarias por conflictos, o de fuerte inseguridad alimentaria, y violación sistemática y sistémica de los derechos humanos, la crisis del COVID-19 está ocasionando un fuerte y rápido retroceso del desarrollo. Especialmente dramática está siendo la situación de los pueblos indígenas en la Amazonía –como denuncia la Red Eclesial Panamazónica (REPAM)–, donde al coronavirus se suman, haciendo de efecto multiplicador, varios factores: intereses económicos empresariales, que fomentan incendios y siembras de transgénicos, el narcotráfico y el abandono de los Estados³.

II. CON MIRADA DE FE, CORAZÓN AFECTADO Y ESPERANZA ENCARNADA

El papa Francisco y nuestros obispos, con un oído puesto en el clamor de los sufrientes y otro en el Evangelio, nos ofrecen luces para comprender y leer, desde la fe, lo que está suponiendo esta pandemia. Sus aportaciones tienen dos objetivos: ofrecer claves y directrices para reconstruir ese mundo mejor, que podría nacer de esta crisis, y alentar la esperanza en medio de tanto dolor; una esperanza que brota de la fe, porque “con Dios la vida nunca muere”⁴.

1. Vulnerabilidad e interdependencia

‘Maestro, ¿no te importa que perezcamos?’... Él les dijo: ‘¿Por qué tenéis miedo? ¿aún no tenéis fe?’ (Mc 4, 38.40).

Esta pandemia ha puesto en evidencia la propia fragilidad humana y los riesgos sociales a los que nos veníamos enfrentando, como la desigualdad social, la debilidad democrática y participativa, y los que provienen de los problemas

demográficos. Nos parecía estar a salvo de todo, gracias a los medios económicos y tecnológicos, pero, de pronto, llegó el virus y nos sacó de la ilusión de ser “dioses”, instalándonos en el principio de realidad: somos vulnerables, necesitados unos de otros para ser personas en plenitud. “Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente”⁵. Reconocerlo podría ser un punto de partida para abonar un cambio significativo en nuestra forma de entender y enfocar la vida.

¿Y dónde está Dios en medio de esta tempestad global? Él se hace presente, no castigando con una pandemia, sino sufriendola con nosotros y siendo fuerza transformadora para la vida⁶. En su resurrección, Jesús sale al encuentro de la humanidad para resucitarla y transformar su luto en alegría (cf. Mt 28, 9). Esa es la fuente de esperanza, que anima y motiva el compromiso en favor de los sufrientes. La resurrección de Jesús nos abre a la recreación y a la novedad de la vida, llamando a recomenzar y reconstruir, con la fuerza del Espíritu Santo⁷.

Como creyentes, hemos de preguntarnos: ¿qué nos dice Dios en este momento de la historia? ¿A qué nos está llamando? ¿Qué lectura hacemos de este signo de los tiempos? ¿Qué cambios, personales, sociales y eclesiales, hemos de hacer para relacionarnos con la Casa común, con los otros y con Dios de una manera más humana y cristiana? Como dice el Papa, “urge discernir y encontrar el pulso del Espíritu para impulsar, junto a otros, las dinámicas que puedan testimoniar y canalizar la vida nueva que el Señor quiere generar en este momento concreto de la historia”⁸. Ha llegado el momento de prepararse para un cambio fundamental en el mundo post-COVID-19.

2. Necesidad de un cambio social

Nos encontramos con un modelo económico agotado, fuente de desigualdades, contaminación



y explotación. La pandemia ha puesto en crisis los cimientos estructurales y culturales del neoliberalismo capitalista: la reducción de la vida al valor económico, la negación de lo público y lo común, el individualismo como valor absoluto frente a la alteridad. La filosofía economicista predica que todo lo que hacemos debe ser percibido como una inversión, y ha de estar motivado por el interés y el cálculo utilitarista; pero la pandemia nos hace ver que la economía no es lo único decisivo y vital. El valor de la vida humana, la protección de todo ser humano, el cuidado de los vulnerables y del planeta no se pueden someter a la lógica del mercado. La mentalidad neoliberal considera que la dimensión pública de la vida humana, y sus formas comunitarias de organización, son ineficientes y de gran coste económico, llevando a desmantelar lo público y reducirlo a su mínima expresión, como ha ocurrido con el sistema sanitario, poniendo la salud en manos privadas. Sin embargo, la pandemia ha demostrado la ineficiencia de la iniciativa privada para abordar un problema de salud pública tan complejo. El modelo económico imperante concede un valor absoluto al individuo frente a la alteridad, cuando lo que realmente somos es el resultado de una compleja red de relaciones. Las actitudes individuales resultan estériles frente a un problema global. La vida es un bien comunitario que no podemos repensar solos: todos somos responsables de todos⁹.

El poder económico no puede gobernar la globalización. La verdadera economía ha de tener rostro humano y debemos poner en valor lo común, por encima de lo individual, la búsqueda de soluciones colectivas y la convicción de ir juntos¹⁰.

Es tiempo de reflexionar y revisar las estructuras sobre las que se asienta la economía, realizando las correcciones necesarias, de modo que la persona sea siempre el centro y el fin de la actividad económica.

En ese sentido, “debe estar ordenada a la consecución del bien común... viviendo



relaciones auténticamente humanas, de amistad y de sociabilidad, de solidaridad y de reciprocidad, también dentro de la actividad económica y no solamente fuera o ‘después’ de ella” (*Caritas in veritate*, 36). Es necesario proporcionar ayudas eficaces al tejido empresarial y laboral, con vistas al mantenimiento y creación de trabajo estable y decente. Es un principio de vida, un elemento antropológico esencial y una dimensión constitutiva de la sociedad, por eso es urgente implementar medidas que eviten la destrucción de empleo. Y, mientras no sea posible obtener ingresos suficientes para una vida digna, debemos sostener a los desempleados, a las personas y familias vulnerables en riesgo de exclusión, mediante mecanismos, como el ingreso mínimo vital, para que puedan afrontar su situación (cf. *Bienaventuranzas en tiempos de pandemia*, 35-36). Y, sin olvidar a los países más empobrecidos, sería conveniente que se cancele la deuda externa o, al menos, los pagos de los intereses de la deuda para el año 2020, como pide Francisco.

Detrás de esta crisis está un modelo democrático muy debilitado. La sociedad española, en general, ha estado a la altura de la situación. Ha sido loable el esfuerzo y la responsabilidad de la ciudadanía siguiendo las indicaciones de las autoridades sanitarias. Aunque no desconfiamos del esfuerzo y de la buena voluntad de nuestros representantes para hacer frente a la crisis, no podemos dejar de ser críticos con la clase política. ¿Serán capaces alguna vez de dejar sus estrategias y tácticas, sus ansias de poder, el electoralismo, para ponerse al servicio de la gente? El COVID-19 ha >>>

» puesto en jaque el sistema político, porque sus efectos alcanzan de lleno a la democracia en la pugna por la hegemonía política, en la crisis de legitimidad democrática, en el proceso de consolidación del proyecto europeo, y en la manera de comprender y ejercer la política en contextos de globalidad, complejidad e incertidumbre¹¹.

Si en la anterior crisis financiera el Estado democrático quedó “tocado” y resultó impotente para proteger a los ciudadanos más vulnerables, ahora el coronavirus pone de nuevo al Estado ante el desafío de cuidar y proteger. Si nuevamente fracasa, la ciudadanía puede poner la mirada en modelos autoritarios –China–, que han resultado más eficaces a costa de la libertad de los ciudadanos, con el consiguiente peligro de dar pasos hacia una sociedad del control y la vigilancia. Una crisis como esta revela la insuficiencia de la “vieja” política en condiciones de complejidad para responder al *trilema*: seguridad sanitaria, garantía económica y libertad democrática. Estas tres opciones no pueden ser alcanzadas de manera simultánea, porque profundizar una afecta el desarrollo de otra¹². Son necesarios nuevos modelos de acción de gobierno en la relación con su sociedad, sus instituciones y sus profesionales. Por tanto, los principales desafíos están en la rehabilitación de la democracia, desde valores éticos, y en devolver la responsabilidad al pueblo para que cada uno sea verdaderamente responsable del otro y del bien común. Sin auténticos ciudadanos, participativos y corresponsables, no hay verdadera democracia¹³.

Quienes tienen responsabilidades políticas han de trabajar activamente en favor del bien común, desde los principios de la solidaridad y la subsidiariedad: “Espero que los gobiernos

comprendan que los paradigmas tecnocráticos (sean estadocéntricos, sean mercadocéntricos) no son suficientes para abordar esta crisis, ni los otros grandes problemas de la humanidad. Ahora más que nunca, son las personas, las comunidades, los pueblos quienes deben estar en el centro, unidos para curar, cuidar, compartir¹⁴. Nadie se salva solo. Es necesario un plan compartido para evitar las amenazas contra nuestro hogar común y los que habitamos en él (cf. LS 164). Pero “ese trabajo de transformación del mundo –dicen nuestros obispos– no podemos llevarlo a cabo solos. Necesitamos de todos y, particularmente, de nuestras autoridades políticas, civiles, económicas y religiosas. Necesitamos personas con mucha paciencia, con la mirada puesta en los más frágiles de nuestra sociedad, y con una firme voluntad de llegar a acuerdos y de aplicarlos¹⁵, lo cual requiere diálogo constructivo y eficaz, y dejar a un lado los intereses e ideologías particulares.

Esto último lo hemos podido comprobar en la enorme corriente de solidaridad que ha generado esta crisis, que ha sacado lo mejor de cada ser humano. La pandemia ha hecho brotar un manantial de proximidad vecinal y compromiso fraterno. El coraje altruista de sanitarios, cajeros, reponedores de línea, transportistas, limpiadores, repartidores de comida, sacerdotes y religiosas..., que han asumido riesgos importantes para asegurar el bienestar de todos, ha permitido que la vida continúe.

Durante la crisis ha cobrado mucha fuerza lo comunitario. Han surgido grupos de ayuda mutua, redes, vínculos y espacios en los que se cuida más allá del ámbito familiar y del público. A la vez, se ha revelado,

una vez más, la incapacidad de los servicios y programas públicos para dar respuestas a los nuevos riesgos sociales (aislamiento de mayores, necesidades básicas...). La pandemia reclama la necesidad de reorganizar el bienestar y los cuidados a través de una distribución más equitativa de la provisión y la atención social entre la familia, el Estado y el mercado, incorporando lo comunitario, con todas sus posibilidades de interacción

y comunicación, a través de las tecnologías y plataformas virtuales¹⁶.

Esta catástrofe sanitaria tiene mucho que ver con el deterioro ecológico. La autodefensa de la propia tierra –dice Leonardo Boff– es fundamental para comprender la crisis que padecemos. La pandemia nos revela que el modo en que habitamos la Casa común es destructivo. Tan lejos ha llegado la codicia humana que la tierra se siente agotada, da señales de que está enferma, ha perdido su equilibrio, calentándose de manera creciente, formando huracanes, terremotos y nevadas nunca vistos antes, sequías prolongadas e inundaciones devastadoras. Pareciera que la tierra se está defendiendo de la depredación humana y que la aparición de esta enfermedad es un signo de las devastadoras consecuencias¹⁷. “Hemos fallado en nuestra responsabilidad como custodios y administradores de la tierra. La hemos contaminado y saqueado, poniendo en peligro nuestra misma vida... No hay futuro para nosotros si destruimos el ambiente que nos sostiene¹⁸. En consecuencia, esta pandemia no puede combatirse solo con medios económicos y sanitarios, exige otra relación con la naturaleza, una conversión ecológica.

3. Tiempo de compromiso y esperanza

Este panorama no es el fin del mundo, sino el fin de un mundo, de un modelo caduco. ¿Qué es lo que termina de nuestro mundo? ¿Qué mundo muere y cuál ha de nacer? Creo que termina, o debe terminar, el de la desmesura y la explotación sin fin de los recursos naturales, el del egoísmo institucionalizado, el de la globalización sin control, el de una democracia de baja intensidad, el de la crisis de los cuidados, el de la exclusión y rechazo a los que vienen de fuera buscando un futuro mejor. Pero no tenemos claro qué mundo, qué sociedad, va a emerger. Va a depender mucho del fortalecimiento democrático con una mayor participación ciudadana, de la apuesta por lo comunitario y la cohesión social, y de los valores éticos que acompañen nuestras vidas y decisiones. En definitiva, toca preguntarse qué tiene que



cambiar para que otra vida, más justa, sana y humana, sea posible.

No es el tiempo de la indiferencia, del olvido y la división, sino el tiempo de los cuidados: de nosotros mismos, de los otros y de la creación. “Es tiempo de eliminar las desigualdades, de reparar la injusticia que mina de raíz la salud de toda la humanidad”¹⁹. Es el tiempo de reconstruir y recrear la cultura del encuentro, de aportar esperanza.

Como Iglesia, no podemos quedarnos bloqueados por el dolor. El Señor nos llama a “callejear nuestra fe y nuestra caridad”, a ser discípulos misioneros, a salir a los caminos y encrucijadas de la historia para convocar a todos, especialmente a los desesperados, a los pobres y excluidos²⁰. Sin duda, “la globalización de la indiferencia seguirá amenazando y tentando nuestro caminar... Ojalá nos encuentre con los anticuerpos necesarios de la justicia, la caridad y la solidaridad”²¹.

III. CONSTRUYENDO EL MAÑANA: RETOS Y DESAFÍOS

El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias” (Ap 3 ,6).

Esta crisis nos interpela: “Comprender lo que Dios nos está diciendo en estos tiempos de pandemia también se convierte en un desafío para la misión de la Iglesia. La enfermedad, el sufrimiento, el miedo, el aislamiento nos interpelan. Nos cuestiona la pobreza de los que mueren solos, de los desahuciados, de los que pierden sus empleos y salarios, de los que no tienen hogar ni comida”²². Desde el comienzo hemos intentado dar respuesta a la emergencia que se nos venía encima. Pero, ahora, hemos de seguir discerniendo: ¿cómo responder a los nuevos desafíos? ¿Cómo reorientar nuestra tarea, considerando la incidencia de la crisis en todos los ámbitos de la vida? Es necesaria una caridad más creativa, “es la hora de una nueva ‘imaginación de la caridad’”, animaba san Juan Pablo II²³. Varios son los retos que nos planteamos.

1. La conversión para reconstruir la vida interior

El primer reto es la conversión al Dios de la misericordia. La reconstrucción



social pasa, en primer lugar, por reconstruir la interioridad, recuperar los valores evangélicos que nos sostienen y aportan sentido y horizonte de vida: caridad, servicio, fraternidad, comunidad, solidaridad, etc. Se trata de remar hacia aguas más profundas. Dios nos invita a volver a Él para ir al encuentro de los más frágiles, pues si esta conversión es auténtica, si vamos conformando nuestra vida con la de Cristo, nuestra caridad será más activa y eficaz (cf. ISP 34)²⁴. Unidos a Él y con la fuerza de su Espíritu, seremos, en medio de esta situación tan dolorosa, testigos de la fe, promotores de fraternidad, constructores de solidaridad y forjadores de esperanza.

2. Apoyo y acompañamiento a las personas y familias más vulnerables

La atención a los más vulnerables es uno de nuestros retos permanentes, pero en las actuales circunstancias se han de priorizar aquellas acciones, programas y recursos con mayor capacidad de transformación de la vida de las personas y de la sociedad, haciéndolas protagonistas de sus procesos de desarrollo. Cáritas y toda la Iglesia han de estar muy cerca de la gente, acompañando sus miedos, compartiéndolos e, incluso, celebrando la vulnerabilidad compartida; sabiendo acompañar los anhelos, los retos y las esperanzas de tantos sufrientes²⁵. Su domicilio es donde habita el sufrimiento, las vidas “desahuciadas” y las pobrezas crónicas, que necesitan la presencia permanente de una Iglesia samaritana.

El apoyo ha de ir en la dirección de la justicia social, para dar respuesta a los derechos fundamentales, como la alimentación, acceso a la vivienda, el trabajo digno, etc., desde un modelo de ayuda dignificante. Igualmente, Cáritas ha de concienciar, a la sociedad y al mismo Estado, de que las políticas sociales destinadas a proteger a las familias son la justa devolución de la insustituible labor que realizan por el bien común y la construcción de la sociedad. La familia, como dice el Papa, es la primera escuela de los niños, el grupo de referencia de los jóvenes y la mejor residencia para los ancianos²⁶.

3. Promoción de un empleo digno dentro de un modelo de economía solidaria

Reforzar nuestros programas de empleo, para favorecer la inserción laboral de las personas vulnerables o en situación de exclusión, acompañando procesos de mejora de la empleabilidad e intensificando la colaboración con las empresas para garantizar el acceso a un empleo digno, decente y estable y, así, reducir las condiciones de precariedad del mercado laboral. Cáritas opta por la economía solidaria como modelo de transformación social, que busca crear estructuras económicas no excluyentes ni especulativas, que ponen a la persona en el centro y se rigen por criterios de sostenibilidad, inclusión social y bien común. Esto supone adecuar las iniciativas de economía solidaria a las posibilidades actuales del mercado de trabajo, como consecuencia de la pandemia. >>



» 4. Incidir en políticas públicas y medidas redistributivas

Reforzar la incidencia política para promover el impulso de políticas y medidas legislativas que combatan realmente las causas de la pobreza, y consigan garantizar los derechos humanos. Uno de los grandes aprendizajes es la necesidad del fortalecimiento de las políticas públicas, capaces de proveer de recursos básicos y proteger los derechos de los más excluidos.

Nuestro servicio a la reconstrucción debe estar dirigido hacia un desarrollo sustentado por los derechos, para lograr que la sociedad y la economía sean más inclusivas y sostenibles. Mirar a través de los derechos hace que los más débiles cuenten y no se queden atrás. En ese sentido, Cáritas ha de presionar y cooperar para que esta situación, provocada por el coronavirus, no se transforme en una mayor exclusión y pobreza, que un incremento transitorio de problemas sociales no se convierta en crónico. Una de las razones que explican la desigualdad existente en España son tanto las políticas fiscales como el modelo de distribución de los recursos. Por eso son urgentes e imprescindibles medidas redistributivas como el ingreso mínimo vital, que eviten una fractura social cada vez mayor²⁷. Nuestra institución puede ayudar mucho a informar e identificar a las personas susceptibles de percibir este tipo de ingreso y hacer seguimiento de su aplicación²⁸.

5. Concienciación y educación para una ciudadanía corresponsable

Ante una democracia debilitada, de escaso calado cultural y ético, es

necesario hacer un gran esfuerzo para concienciar y educar para una ciudadanía comprometida y transformadora. Urge regenerar la vida política y formar ciudadanos responsables. Cáritas puede desempeñar un papel importante en la concienciación y fortalecimiento de una cultura asociativa y participativa. El fortalecimiento de lo público, que no coincide sin más con lo estatal, tiene que ver con el espacio de encuentro y participación, con el compromiso cívico por el bien común. Se trata de dar un mayor protagonismo a los ciudadanos para superar las polarizaciones políticas. Una democracia no se sostiene principalmente porque existan leyes y procedimientos, sino porque se forman sujetos que tienen bien integrados los hábitos, actitudes y destrezas para la igualdad y la fraternidad, para la deliberación y el bien común, para la resolución de conflictos y la tolerancia.

Resulta necesario un nuevo pacto social que nos ayude a todos a revincularnos y generar cohesión, superando los individualismos. No es cuestión de gestos, sino de articular respuestas en torno a un Estado que aúne esfuerzos con todos los agentes sociales, económicos y políticos, asumiendo el papel que le corresponde para salir de esta crisis, garantizando derechos, nivelando asimetrías y procurando unos servicios públicos potentes y eficaces. Un mercado en el que la iniciativa y el emprendimiento

estén orientados al bien común y al servicio de las personas, en forma de economía colaborativa, social y solidaria. Y un tercer sector responsable, que represente un tejido social plural, diverso y unido, una ciudadanía de buena gente, que extienda las redes del bien común²⁹.

6. Configuración de la sociedad de los cuidados

Para nosotros, creyentes en Cristo, el compromiso por una cultura del cuidado, que tiene a la compasión como columna vertebral, es ineludible, pues “todos los cristianos estamos llamados a cuidar la fragilidad de los pueblos y del mundo en que vivimos” (EG 216), para hacer el tránsito de una cultura del descarte a una cultura del cuidado (cf. LS 139).

La reconstrucción ha de hacerse desde el paradigma de los cuidados, para ir configurando una sociedad cada vez más humanizada. La sociedad de los cuidados es una evolución del régimen de bienestar, en algunas situaciones insuficiente, a otro modelo basado en un sistema que pone en el centro la sostenibilidad de la vida y el cuidado. De una política de bienestar a una política de cuidados. Se plantea un nuevo modelo social en el que al Estado y al mercado se suman las capacidades de las personas y de la comunidad con un enfoque holístico, que trata de aplicar la lógica del cuidado a todas las áreas de la vida pública (la seguridad, la cultura, la economía, las comunicaciones, la educación, los servicios básicos o el medio ambiente), desde una articulación entre lo público, lo privado y lo comunitario. La comunidad es agente de cuidados, expresión de responsabilidad cívica y de la necesidad de cooperación para la sostenibilidad de la vida³⁰.

Cáritas ha de salir al encuentro de las personas mayores, solas y en situación de precariedad agravada por la pandemia. Esto supone consolidar nuestros programas de mayores y replantear nuestra actuación, dando prioridad al acompañamiento en el domicilio o en comunidades reducidas de dimensiones familiares.



7. Gaminar hacia una ecología integral

Dada la estrecha relación entre la pandemia y el deterioro ecológico, uno de nuestros grandes retos es la ecología integral, como nuevo paradigma del desarrollo humano, de la justicia y de la intervención social. La escucha del grito de la tierra y de los pobres, como propone *Laudato si'*, posibilita repensar el contenido y las perspectivas del desarrollo humano, integral, solidario y sostenible.

Para Cáritas, no se trata de un programa más, añadido a los

que ya tiene, sino de una nueva manera de hacer y de enfocar la intervención desde la transversalidad, estando presente tanto en los programas de sensibilización e incidencia como en los de



animación comunitaria, economía solidaria o cooperación fraterna.

8. La cultura del encuentro en un mundo de rupturas y desencuentros

Contribuir a la cultura del encuentro, desde “la amistad cívica”, la hospitalidad y la interculturalidad, es un desafío que abordar. La pandemia nos abre a un nuevo contexto de vulnerabilidad compartida y pide un diálogo humilde y fraterno con todos. Las fronteras caen, los muros se derrumban y los discursos



Notas

1. Cf. CÁRITAS ESPAÑOLA, El primer impacto en las familias acompañadas por Cáritas (junio de 2020). Las conclusiones del informe son elocuentes y hablan por sí solas de cómo una crisis, en un inicio de naturaleza eminentemente sanitaria, se ha convertido en solo unas semanas en una crisis de hondo calado social.
2. VIII Informe FOESSA, <https://caritas-web.s3.amazonaws.com/main-files/uploads/sites/16/2019/09/Infografia-cohesion-social.pdf>
3. Cf. <https://www.vidanuevadigital.com/2020/05/15/repam-denuncia-que-pueblos-indigenas-de-venezuela-y-bolivia-est-an-al-borde-del-colapso-sanitario-por-el-coronavirus/>
4. FRANCISCO, “¿Por qué tenéis miedo?”. Bendición ‘Urbi et Orbi’ del momento extraordinario de oración en tiempos de epidemia (27 de marzo de 2020).
5. *Ibid.*
6. Á. CORDOVILLA PÉREZ, “Teología en tiempos de pandemia”, en *Vida Nueva*, nº 3.178 (16-22 de mayo de 2020), pp. 29-30.
7. Cf. OBISPOS DEL PAÍS VASCO Y NAVARRA, *Bienaventuranzas en tiempos de pandemia*. Carta pastoral ante la crisis sanitaria, económica y social a causa de la COVID-19, 2020, 17.
8. FRANCISCO, “Un plan para resucitar. Una meditación de Francisco”, en *Vida Nueva*, nº 3.174 (18-24 de abril de 2020), p. 11.
9. C. BARTOLOMÉ RUIZ, “Covid-19 e as falácias do homo economicus”, en <https://leonardoboff.org/2020/04/20/covid-19-e-as-falacias-do-homo-economicuscas-tor-bartolome-ruiz/>
10. C. BALLESTEROS, “La dimensión económica”, en *Alandar*, nº 367 (abril de 2020), p. 4.
11. Cf. F. VIDAL, “Diario del coronavirus 40: la Niña de las Estrellas”, en <https://www.vidanuevadigital.com/blog/diario-del-coronavirus-40-la-nina-de-las-estrellas-fernando-vidal/>
12. Este trilema va en la línea del planteado por Rodrick, quien argumenta que es imposible conseguir, al mismo tiempo, la globalización económica, la democracia política y la soberanía nacional. Las tres opciones simultáneas son incompatibles, por lo que nos veremos obligados a escoger solo dos de ellas. Cf. <https://economipedia.com/definiciones/trilema-rodrick-imposible.html>
13. Cf. C. GARCÍA DE ANDOIN, “Democracia en incertidumbre”, en *Iglesia Viva*, nº 281 (enero-marzo de 2020), pp. 147-149.
14. FRANCISCO, “A un ejército invisible”. Carta de Pascua a los Movimientos Populares (12 de abril de 2020).
15. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA (Subcomisión de Acción Caritativa Social), *Mensaje con motivo de la festividad del Corpus Christi, Día de la Caridad 2020*, “Sentado a la mesa con ellos” (Lc 24, 18).
16. Cf. Fundación FOESSA, *Análisis y perspectivas 2020. Distancia social y derecho al cuidado* (Madrid, 2020), pp. 13-14.
17. Cf. L. BOFF, “Coronavirus: autodefensa de la propia Tierra”, en V. Codina, L. Boff y otros, *Covid19* (MA-Editores, 2020), pp. 38-43.
18. FRANCISCO, “Superar los desafíos globales”. *Catequesis de la audiencia general de los miércoles dedicada al 50º Día Mundial de la Tierra* (22 de abril de 2020).
19. FRANCISCO, “El egoísmo, un virus todavía peor”. *Homilía II Domingo de Pascua* (19 de abril de 2020).
20. Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Mensaje con motivo de la festividad del Corpus Christi, Día de la Caridad 2020*.
21. FRANCISCO, “Un plan para resucitar...”.
22. FRANCISCO, Solemnidad de Pentecostés en San Juan de Letrán (Roma, 31 de mayo de 2020).
23. JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, 50.
24. Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Iglesia, servidora de los pobres. Instrucción Pastoral. CV Asamblea Plenaria* (Madrid, 2015), p. 34.
25. Cf. I. ZUBERO, “Pensando el mañana”, en <https://youtu.be/i3wd-sBTnHA>
26. Cf. FRANCISCO, Santa Misa por las familias en Guayaquil (Ecuador, 6 de julio de 2015).
27. Cf. L. AYALA, “Pensando el mañana”, en <https://youtu.be/ZKuQ-4DeeT6A>
28. El ingreso mínimo vital supone un hito en la protección social, al introducir una prestación de carácter flexible y dirigida a la lucha contra la desigualdad y la pobreza en el sistema de la Seguridad Social. Sin embargo, hay aspectos que, o bien quedan ambiguamente definidos, o a expensas de futuros desarrollos normativos sin clara dirección, como pueden ser la articulación con los mecanismos del empleo o algunos colectivos específicos que quedan fuera (personas que salen con 18 años del sistema del sistema de protección de menores, personas en situación de irregularidad sobrevenida...). Cf. G. Fernández Maíllo, “Ya está aquí el Ingreso Mínimo Vital”, *PAPELES de Relaciones Ecosociales y Cambio Global* nº 150, FUHEM Ecosocial (Madrid, 2020), pp. 83-92.
29. Cf. SECRETARIADO DE PASTORAL DEL TRABAJO DE LA ARCHIDIÓCESIS DE MADRID, *Ante un 1º de Mayo muy especial*, en <https://www.pastoral-socialmadrid.com/1o-mayo-2020-comunicado-pastoral-trabajo-madrid/>
30. Cf. Fundación FOESSA, *Análisis y perspectivas 2020...*, p.16.
31. Cf. F. FANTOVA, “Pensando el mañana”, en https://youtu.be/K3o_82oaqTI
32. Cf. J. I. CALLEJA, “El Estado y la sociedad nos van a apretar las clavijas económicas, mientras no se vea algo de luz a la crisis”, en https://www.religiondigital.org/opinion/Jose-Ignacio-Calleja-Iglesia-intervencion-coronavirus-desescalada-muerte-religion-ritos-caridad-futuro-espana_0_2227277258.html
33. Cf. I. ZUBERO, “Pensando el mañana”, en <https://youtu.be/i3wd-sBTnHA>

UNA LECTURA GREYENTE DESDE CÁRITAS A LA CRISIS DEL COVID-19

» integristas se desautorizan ante la fragilidad de la humanidad.

El esfuerzo conjunto de reconstrucción puede alimentar la búsqueda de una fraternidad renovada, a partir del reconocimiento de la diversidad de los otros; no como amenaza, sino como oportunidad y don. Esto implica para Cáritas, y toda la Iglesia, comprometerse, por una parte, en procesos de tender puentes que ayuden a superar la crispación social y política y, por otra, propiciar encuentros que nos hagan descubrir que nuestra identidad cultural está en continuo mestizaje. La presencia de migrantes y refugiados es un signo de que ya no vivimos en sociedades con migrantes, sino en sociedades migratorias. Responder a la movilidad humana es tarea inexcusable, facilitando el acceso y restitución en derechos a personas migrantes y refugiadas, e incorporando a nuestra acción social el modelo de la hospitalidad, la interculturalidad y el cosmopolitismo samaritano.

9. Impulsar la cooperación fraterna

Ante las graves consecuencias para los países más empobrecidos, se han de adaptar las estrategias de cooperación. Una crisis global requiere una respuesta global, un esfuerzo conjunto desde una mirada cosmopolita por parte de gobiernos, organismos e instituciones internacionales.

El aumento de las necesidades en España no debe impedir que trabajemos ante los estragos que la pandemia está causando en los países más pobres y que viven en “estado de alarma” permanente por otras crisis. Cáritas y otras entidades eclesiales han de reforzar la cooperación y la comunión entre Iglesias, superando el localismo autorreferencial, trabajando por el desarrollo, concienciando de la necesaria ayuda internacional y que esta no se desvíe a otros fines, reclamando la cancelación de la deuda externa, e impulsando la caridad universal en nuestras Iglesias particulares, para proporcionar la ayuda necesaria a los que más lo necesitan.

10. Fortalecimiento de la animación comunitaria y acompañamiento de los agentes

El lugar de Cáritas no está en la prestación de servicios de responsabilidad pública. Su

lugar, más bien, es la comunidad, el espacio de lo común y lo territorial³¹. Su función es ser fermento dinamizador de la caridad de la comunidad cristiana para ponerla en estado de respuesta, de manera organizada, ante los retos de la pobreza y la exclusión. La comunidad eclesial tiene un papel importante en la reconstrucción de la sociedad post-COVID-19. Por ello, hemos de replantar la animación comunitaria en una doble dirección: *ad intra* y *ad extra*.

Hacia los adentros eclesiales, la tarea animadora de Cáritas está orientada a poner la caridad transformadora en el centro de la vida y misión de la Iglesia, promoviendo a los agentes de caridad como sujetos determinantes de la acción pastoral, para definir, sin complejos, la identidad cristiana desde la caridad samaritana, como presupuesto de una fe creída, celebrada y practicada. Esta caridad social se alimenta de la misericordia, acogida y ofrecida, y alcanza a la justicia social, que cuida, promueve, restaura y transforma³².

Hacia las afueras sociales, Cáritas ha de ayudar a recrear el tejido social comunitario y a generar cohesión, porque saldremos de esta situación si somos capaces de formar, entre todos, comunidad, una sociedad civil reforzada, tejida de organizaciones con bases sociales fuertes y compuesta por redes del bien común. Frente a la ideología de la desvinculación, la conveniencia de la revinculación, que se logra por el reconocimiento del valor de la “proximidad”, el espacio del don y la gratuidad, la apuesta por la cercanía y el cuidado mutuo, la solidaridad con los más pobres y la hospitalidad con los que vienen buscando un futuro mejor. La reconstrucción social pasa por tejer redes del bien común sin carga ideológica, por la cooperación entre vecinos, por la educación para aceptar las diferencias como un valor, y por relocalizar la vida recuperando espacios de producción y consumo local, sin olvidar lo global, y



convirtiendo lo local, barrio o pueblo, en eje de democracia participativa³³.

La animación comunitaria necesita de personas implicadas en la vida de la comunidad y el territorio, de la parroquia y el barrio. Tarea fundamental de Cáritas es el cuidado y desarrollo de los agentes de caridad, desde el acompañamiento y la formación. En estos momentos es muy importante animar, formar y adaptar la acción de los equipos para dar respuesta a la crisis. Un reto ineludible, que nos ha mostrado con mayor claridad la pandemia, es el relevo generacional del voluntariado, un modelo de voluntariado intergeneracional, y la necesidad de animar el compromiso de los jóvenes; también el de ver qué papel pueden desempeñar los mayores, a partir de ahora, y cómo acompañar e integrar en la institución a los nuevos voluntarios, que se han acercado a Cáritas a raíz de esta crisis.

CONCLUSIÓN

El mayor desafío es afrontar las consecuencias de esta crisis y colaborar en la reconstrucción, que no puede ser solo económica, sino también personal, política, social y cultural. Haremos frente a la crisis si integramos la importancia de la sostenibilidad, si nos convencemos de la necesaria cohesión y si somos capaces de hacer un proyecto compartido en el que la inclusión social sea uno de sus pilares. Ahora bien, la “reconstrucción” no puede ser un volver, sin más, a lo de antes, pues no queremos un crecimiento desproporcionado y especulativo, ni el vacío cultural, ni el individualismo posesivo y la desigualdad instalada en la sociedad. No se trata de volver al pasado, sino de encarar el futuro desde los anhelos de justicia y equidad, de paz y solidaridad, desde la vida cotidiana de la familia y la vecindad; desde el respeto a la diversidad y el deseo de una fraternidad universal. ●

